

San Agustín

Las Bienaventuranzas del Señor

Sobre las palabras del Evangelio de San Mateo (5,3): *Bienaventurados los pobres de espíritu, etc.*: y singularmente de aquello que dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

1. Universal aspiración a la felicidad

La solemnidad de la santa virgen —Inés— que dio testimonio de Cristo y mereció diera Cristo testimonio de ella, públicamente llevada a la muerte y ocultamente coronada, ofrécenos coyuntura de hablar a vuestra caridad sobre la exhortación que ahora poco, en el Evangelio, hacia el Señor en punto a las varias causas de la vida feliz, anhelo general de todos los hombres. Nadie puede, a la verdad, hallarse que no guste de ser feliz; y pluguiese a Dios que los hombres, pues tanto desean la retribución, no rehusaran el trabajo con que se merece. ¿Quién no corre vivamente si le dicen: "Vas a ser feliz"? Oiga, empero, también de buen grado la condición: "Si esto hicieres..." No se rehuya el combate, si se ama el premio, y apréstese alegremente al trabajo con la ponderación del salario. Lo que amamos y deseamos y pedimos vendrá después; lo que se nos ordena para llegar a eso que vendrá, debe ser ahora. Así, pues, comienza trayendo a la memoria los mandamientos y galardones evangélicos: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* El reino de los cielos se te dará después; ahora sé pobre de espíritu. ¿Quieres sea tuyo allá el reino de los cielos? Mira de quién eres tú ahora. Sé pobre de espíritu. ¿Me preguntas tal vez en qué consiste la pobreza de espíritu? Ningún inflado es pobre de espíritu; luego *pobre de espíritu es el humilde.* El reino de los cielos está muy arriba, pero a quien se humille se le aupará.

2. Los mansos

Oye lo que sigue: *Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.* ¡Poseer la tierra! La boca se te hace agua; mira, empero, no sea la tierra quien te posee a ti. La poseerás si eres blando; te poseerá si eres duro. No abras, pues, al oír esta recompensa, el saco de tu avaricia, para recibirla luego, y toda para ti; no te dejes llevar de tan engañosa imaginación. Poseerás verdaderamente la tierra cuando seas totalmente de quien hizo el cielo y la tierra. Porque ser manso eso es: no resistir a tu Dios; de tal modo que, en lo bueno que haces, le agrades a él y no a ti, y en lo malo que padeces, te culpes a ti, como es justo, y no a él. Puesto que, al agradarte a ti, le desagrades a él, lo que tiene valor —o mérito— es agradarle a él, desagradándote a ti.

3. Los que lloran

Tercera bienaventuranza: *Bienaventurados los que lloran, porque serán*

consolados. El llanto designa los trabajos, la consolación designa la recompensa. ¿Qué consuelos, en efecto, son los de quienes lloran carnalmente? Tan importunos como temibles. Porque, al enjugar sus lágrimas, temen siempre haber de llorar otras nuevas. Un padre, por ejemplo, llora la pérdida de un hijo y se regocija cuando le nace otro; reemplaza éste al primero; mas el nacido es para él objeto de temor, como el difunto lo es de tristeza; ninguno, pues, de los dos le consuela verdaderamente. Verdadera consolación será la que tendremos en recibir lo que nunca se perderá. Los que ahora, por ende, lloran en la peregrinación, alégrense ya de la futura consolación.

4. Hambrientos

Trabajo cuarto y cuarta recompensa: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos*. ¡Cómo deseas hartarte! Pero ¿de qué? Si la hartura porque suspiras es hartura corporal, volverás, hecha la digestión, a tener hambre, pues *quien bebiere del agua esta* —dice el Señor— *tendrá sed de nuevo*. Si el tópico aplicado a la herida produce la curación, el dolor desaparece; mas el tópico del hambre, es decir, el alimento, alivia poco tiempo; el hambre sucede a la hartura, y en vano se aplica todos los días el remedio de la saciedad, pues no cicatriza la herida de la debilidad. Tengamos, por tanto, hambre y sed de justicia: es el modo de llegar un día a la hartura, que será entonces hartura de lo que ahora tengamos sed y hambre. Tenga sed y hambre nuestro hombre interior, porque hay también para él un alimento y una bebida. *Yo soy*, dice el Señor, *el pan que bajé del cielo*. He ahí el pan que aplacará tu hambre. *En mí se halla la fuente de la vida*.

5. Los misericordiosos

Viene a continuación: *Bienaventurados los misericordiosos, porque de ellos tendrá Dios misericordia*. Hazla tú y se hará contigo. Tú eres al mismo tiempo rico y pobre: rico de bienes temporales, pobre de bienes eternos. Ya conoces el sonsonete del mendigo; también tú eres mendigo de Dios. Si el mendigo te pide a ti, también tú pides. Lo que hicieres con ese que te pide a ti, eso mismo hará Dios cuando le pidas tú a él. Estás lleno y vacío. Llena de tu plenitud el vacío del pobre, y el vacío tuyo será colmado de la plenitud de Dios.

6. Los limpios de corazón

Advierte lo que sigue: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Tal es el fin de nuestro amor: fin que nos hace acabados, no fin que nos acaba. Fina un alimento, fina un vestido; el alimento fina comiéndole, el vestido fina tejiéndole. Fin allí, fin aquí; mas uno es fin de consunción y otro es fin de perfección. Todo nuestro hacer, todo nuestro bien obrar, todo el esforzarnos, todo el laudable aspirar, todo nuestro buen desear finará en llegando la visión de Dios. ¿Ha de buscar más quien posee a Dios? O ¿qué le puede bastar a quien no le basta Dios? Queremos ver a Dios, nos

afanamos en ver a Dios, ardemos por ver a Dios. ¿Quién no? Mas repara en estas palabras: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Adereza, pues tu corazón, porque, hablando a lo carnal, ¿a qué viene desear la salida del sol con ojos enfermos? Cúrense los ojos, y la luz será alegría; si los ojos no están sanos, la luz les será tormento. Así, no podrás tú ver sin limpieza de corazón lo que sólo pueden contemplar los de corazones limpios. Serás rechazado, alejado, y no lo verás. *Bienaventurados los limpios de corazón, pues ellos verán a Dios*. ¡Cuántas veces ha repetido ya el Señor la palabra *bienaventurados*! ¡Cuántas razones asignó a la bienaventuranza! ¡Qué obras y qué salarios, qué meritos y qué premios enumeró ya! Pero ni una sola vez ha dicho: *Ellos verán a Dios*. *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los mansos, porque heredarán la tierra; bienaventurados los que lloran, por que serán consolados; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán hartos; bienaventurados los misericordiosos, porque obtendrán misericordia*. Todavía no se ha dicho: *Ellos verán a Dios*. Hemos llegado a los corazones limpios; a ellos se les promete la vista de Dios; y no sin motivo, porque ahí —*en los corazones limpios*— están los ojos para ver a Dios; ojos de los cuales habla el apóstol Pablo cuando dice: *Iluminando los ojos de vuestro corazón*. Estos ojos que, débiles aún, son iluminados por la fe, serán después, ya más vigorosos, iluminados por la realidad misma. *Mientras moramos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor, porque caminamos en fe y no en visión*. Mientras andamos a la luz de la fe, dice la Escritura, *le vemos como de reflejo y oscuramente; mas entonces le veremos faz a faz*.

7. Qué sea la faz pies y manos de Dios

No vayamos a imaginarnos ahora una faz corporal. Encendido tú en el deseode ver a Dios, quizá esperas el momento de verle con los ojos del rostro, lo cual fuera querer verle de un rostro como el tuyo. Pero si, a lo menos, tienes de Dios la idea de ser espiritual, y en modo alguno corpóreo —materia de las que hablamos ayer ampliamente, ignoro si con algún fruto—; si hemos logrado destrozar en vuestros corazones —templo de Dios— todo simulacro de forma humana; si recordáis exactamente y os halláis bien penetrados de aquel pasaje donde reprueba el Apóstol a los que, *alardeando de sabios, se hicieron necios, y trocaron la gloria del Dios incorruptible por la semejanza de la imagen del hombre*; si detestáis estos desvaríos y los evitáis; si purificasteis el templo de vuestro Creador y queréis venga y haga en vosotros su morada, *tened del Señor sentimientos dignos de él y buscadle de corazón*. Ved a quién os dirigís, si habláis con sinceridad, cuando decís: *Contigo habló mi corazón: tu rostro he de buscar*. Diga, pues, tu corazón así: *Tu rostro he de buscar yo, Señor*; buscar con el corazón es buscarle como se debe. Dícese *faz* de Dios, *brazo* de Dios, *mano* de Dios, *pies* de Dios, *trono* de Dios, *escabel* de sus pies; no te figures, empero, miembros humanos; haz pedazos estos ídolos de falsedad si quieres ser templo de la verdad. Mano de Dios significa su poder; *faz* de Dios, su conocimiento; *pies* de Dios son la presencia divina: su trono eres tú mismo, si quieres. ¿Osarías negar la divinidad de Cristo? No, dices. ¿Admites también sea Cristo el Poder y Sabiduría de Dios? Lo admito. Pues oye: *El alma del justo es morada de la Sabiduría*. ¿Dónde tiene Dios su trono, en efecto, sino donde mora? ¿Y dónde mora sino

en su templo? *El templo de Dios es santo, y vosotros sois ese templo.* Mira, pues, la forma de considerar a Dios. *Espíritu es Dios, y en espíritu y verdad es necesario adorarle.* Entre, si te place, ya en tu corazón el Arca de la Alianza y rueda Dagón por el suelo. Ahora, pues, escucha y aprende a desear a Dios y a capacitarte para verle. *Bienaventurados, dice, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* ¿De qué te valen ahora los ojos del cuerpo? Si con ellos pudiera ser visto, Dios ocuparía un espacio local; mas ¿cómo puede hallarse localizado quien está todo entero en todas partes? Limpia el ojo capaz de verle.

8. Congruencia de los premios en las Bienaventuranzas

Escúchame aún y mira de comprenderme, si puedo, con el divino favor, explicar mi pensamiento. Ayúdenos Dios a entender los deberes y las recompensas de que venimos hablando y a ver su correspondencia entre sí. ¿Qué premio, en efecto, de los mencionados no dice y rima bien con la obra respectiva? Los humildes parecen excluidos de la realeza, y el Señor dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el REINO de los cielos.* A los mansos se los atropella sin dificultad, y dice: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.* Las demás bienaventuranzas son tan fáciles de entender, que no precisan explicaciones, sino recordarlas sencillamente: *Bienaventurados, dice, los que lloran.* ¿Quién, si llora, no desea consuelos? *Ellos serán consolados.* *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.* ¿Quién, si tiene hambre y sed, no busca satisfacerse? *Ellos, dice, serán hartos.* *Bienaventurados los misericordiosos.* ¿Quién hace misericordia sino con el ojo puesto en que se lo pague Dios, haciéndole a él lo que el les hace a los pobres? Pues *bienaventurados los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos.* Ved cómo todo se corresponde, y la índole de la recompensa se ajusta a la índole del precepto. Si te ordena ser pobre de espíritu, el premio es poseer el reino de los cielos; si te ordena ser manso, el premio es la posesión de la tierra; si te ordena llorar, el premio es ser consolado; si te ordena tener hambre y sed de justicia, el premio es que seas harto; si te prescribe la misericordia, el premio es alcanzar misericordia; se te manda limpieza de corazón, y el premio es ver a Dios.

9. ¿Sólo verán a Dios los limpios de corazón?

No vayas a entender mal estas prescripciones y recompensas. Al oír, por ejemplo: *Bienaventurados los limpios de corazón, pues ellos verán a Dios,* no pienses no hayan de verle los pobres de espíritu, los mansos, los que lloran, los hambrientos y sedientos de justicia, los misericordiosos, cual si la visión de Dios estuviera reservada para los limpios de corazón, y excluidos los demás. Todos ellos, en efecto, lo son todo a la vez. Todos verán a Dios, mas *no le verán los pobres de espíritu por ser pobres de espíritu, ni los mansos por ser mansos, ni los que lloran porque lloran, ni los hambrientos y sedientos de justicia por serlo, ni los misericordiosos por su misericordia,* sino porque, a la vez, son limpios de corazón. A la manera como si alguien, acoplando a cada miembro su respectiva función, dijera, v. gr.: "Bienaventurados los que tienen pies, porque andarán; bienaventurados los que tienen

manos, porque se manejarán; bienaventurados los que tienen voz, pues clamarán; bienaventurados los que tienen lengua, porque hablarán; bienaventurados los que tienen ojos, porque verán", el Señor acopla, digámoslo así, funciones específicas a órganos espirituales. A los humildes les adapta la posesión del reino de los cielos; a la mansedumbre, la posesión de la tierra; el consuelo al llanto; al hambre y la sed, hartura de justicia; a la misericordia, consecución de misericordia; y a la limpieza de corazón, la vista de Dios.

10. La limpieza de corazón y la vista de Dios

Si, en consecuencia, deseamos ver a Dios, ¿cómo limpiar el ojo con que ha de vérselo? ¿Quién no cuidará, quién no se afanará en limpiar su corazón para ver a quien ama de todo corazón? Un testimonio divino aclara el modo de hacerlo: *Purificando*, dice, con *la fe sus* corazones. Luego la fe de Dios limpia el corazón, y el corazón limpio ve a Dios. Hay, es verdad, algunos desgraciados que, engañándose a sí mismos, se hacen de la fe una idea extraña: figúranse basta creer y, aun viviendo mal, se prometen la visión de Dios y el reino de los cielos. Enardecido el apóstol Santiago, a quien la caridad de su alma parece revolverle contra ellos el estómago, díseles en su Epístola: *Tú crees que Dios es uno...* Haces gala de tu fe y, observando el gran número de los que admiten pluralidad de dioses, te juzgas dichoso de no creer sino en uno. *Haces bien; mas también los demonios creen, y tiemblan.* ¿Acaso verán éstos a Dios? Veránle los limpios de corazón; mas ¿quién tendrá limpios de corazón a los espíritus inmundos? Sin embargo, *creen y tiemblan.*

11. La fe de los cristianos y la de los demonios

Se ha, pues, de discernir la fe nuestra de la fe de los demonios. La nuestra limpia el corazón; la suya, lo contrario, hácelos culpables porque obran mal, y por eso le dicen al Señor: *¿Qué hay entre nosotros y tú?* ¿Piensas, oyéndolos hablar así, que no le conocen? *Sabemos*, dicen, *quién eres. Tú eres el Hijo de Dios.* Dice lo mismo Pedro, y es alabado; dícelo el diablo, y es condenado. ¿Por qué sino porque, aun siendo iguales las palabras no lo son los corazones? No confundamos, por ende, con la suya, nuestra fe. Si a ellos no les basta creer, luego *esa fe* no limpia el corazón. *Es por la te*, dice —el apóstol Pedro—, *como purifica Dios los corazones:* mas ¿de qué fe se habla sino de la definida por el apóstol Pablo, cuando dice: *La fe actuada por la dilección?* Esta difiere de la fe de los demonios, como difiere —también— de la fe que tienen los hombres malvados y perdidos. *La fe.* ¿Qué fe? La fe que se actúa por las obras de dilección y espera lo que Dios promete. Nada más exacto, nada más perfecto que la definición esta. Hay en ella tres cosas esenciales: tener fe, y fe actuada por la dilección, y fe esperanzada en las promesas de Dios. La esperanza va, por ende, acompañando a la fe. La esperanza, en efecto, es necesaria mientras no veamos lo que creemos; de no ver y no esperar vendría el desfallecer. Este no ver nos apena, más nos consuela la esperanza de que veremos. La esperanza, de consiguiente, está aquí acompañando a la fe. Y después la caridad también, que nos da el deseo y el conato de llegar a la meta y el coraje y hambre y sed que sentimos.

También la menciona el Apóstol, y resultan: la fe, la esperanza y la caridad. ¿Cómo no ha de hallarse implícita la caridad en la definición de fe, no siendo la caridad sino la dilección? Como que, al precisar la fe, dijo: *Actuada por la dilección. Suprime la fe*, y desaparece lo que crees; suprime la caridad, y desaparece la acción. Porque lo propio de la fe es creer, y de la caridad el obrar. Luego, si crees y no amas, no habrá en ti movimiento hacia el bien; y si te mueves como un esclavo, por el temor al castigo, no como el hijo, por amor a la justicia. Insisto, por tanto: la fe que limpia el corazón es la fe actuada por la dilección.

12. A Dios no se le ha de imaginar corporal

Ahora, pues, ¿qué suerte de efectos obra —sobre ti— la fe? Con tanto aducir testimonios de la Escritura, y tan múltiples lecturas —de ella—, y tanto desmenuzar, ¿qué suerte de efectos hace —en ti— si no te persuades de que a Dios, a quien veremos después faz a faz, le vemos ahora como de reflejo y oscuramente? ¿Volverás a figurártelo de rostro como el tuyo? Su rostro es el que se refleja en tu corazón. Oblígale a pensar a lo divino, empújale, estímúlele, rechaza toda imagen corporal. Ya que no puedas aún decir: *Dios es esto*, di a lo menos: *No es esto*. ¿Cuándo podrás decir: *Esto es Dios*? Ni aun el día que le veas, por ser lo que has de ver *indecible*. De sí mismo dice el Apóstol haber sido arrebatado al tercer cielo, donde oyó palabras *inefables*. Si las palabras son *inefables*, ¿qué será aquel de quien son? Piensas tú en Dios y tal vez imaginas una figura humana de grandor admirable y vastísimo. Hela ahí, ante los ojos del pensamiento: ser amplísimo, magnífico, de corpulencia enorme. En alguna parte, sin embargo, le has dado el contorno; y si le pusiste límites, no es Dios. Si no le delimitas, ¿dónde tiene la faz? Te imaginas una estatura inmensa; mas para darle miembros, has de asignarle límites; ¿cómo, si no, vas a distinguir unos miembros de otros? Necio y carnal pensamiento, ¿qué haces? Te has forjado una mole grande, tanto más grande cuanto más digno de honor te figuraste a Dios; mas ¿no puede otro añadirle un codo y hacerle mayor?

13. Un pasaje de Isaías

"Lo he leído", dices...; ¿qué leíste, pues nada entendiste? Habla, sin embargo, dime qué leíste. No rechacemos a este niño que juega con su corazón. Di, ¿qué leíste? *El cielo es mi trono, la tierra es el escabel de mis pies*. Te oigo; también lo he leído yo; pero quizá me aventajas en haberlo leído y comprendido; ¿no es así? Pues también yo creo lo que dijiste. Creamos los dos. ¿Qué estoy diciendo? Busquemos los dos. Mira; atente a lo que leíste y creíste: *El cielo es mi trono*, esto es, mi *asiento*, porque trono en griego es *sedes* en latín... *Y la tierra el escabel de mis pies*. No leíste también aquello: *¿A quién le cabe el cielo en la palma de la mano?* Me lo figuro; lo has leído, y confíasas creerlo. Ambas cosas hemos leído allí y ambas las creemos. Ahora ponte a discurrir y enséñame; tú vas a ser mi maestro, yo el niño; enséñame, te ruego. ¿Siéntase hombre alguno en la palma de la mano?

14. Continuación

Acabas de darle a Dios configuración y miembros al talle del cuerpo humano, porque tal vez imaginaste fue nuestro cuerpo el hecho a imagen de Dios. Acepto por ahora esa idea para considerarla, discutirla, sondearla y hacerla objeto de controversia. Óyeme, por favor; también yo te oí cuando quisiste. Está Dios sentado en el cielo y a la vez le cabe el cielo en la palma de la mano; con lo que resulta un cielo ancho y estrecho a la vez: ancho, pues Dios se sienta en él, y estrecho, pues que le mide. ¿O es que Dios para sentarse no necesita más de un palmo? Si tal, no fuimos hechos por Dios a imagen suya, por ser nuestro palmo hartos más estrecho que la parte del cuerpo sobre la que nos sentamos. Luego si Dios es tan ancho de palmo como de asiento, a nosotros nos hizo de miembros diferentes a los suyos. En esto no hay parecido. ¡Avergüéncese un corazón cristiano de hacerse un ídolo semejante! fuma, pues, el cielo aquí en significación de *todos los santos*: porque también a la tierra se la toma por *todos sus habitantes*: *Adórate toda la tierra*. Si decimos bien: *Adórate toda la tierra*, entendiendo los moradores de ella, bien dicho está igualmente: *Llévete a hombros todo el cielo*, entendiendo los que habitan en el cielo. Aun morando sobre la tierra que pisan, viven los santos con el corazón en los cielos. Porque no es bobería decirles que tengan arriba el corazón, a cuyo aviso responden ellos que ya lo tienen allá; ni lo es el estar el cielo —*sedes Dei*— tan por encima de nuestra cabeza. A él —a este cielo— se refiere el *Apóstol* cuando dice: *Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Considerados como viviendo en el cielo, los santos portan a Dios, y son cielos, porque son trono de Dios; y considerados como anunciadores de la palabra divina, estos cielos pregonan la gloria de Dios.*

15. Las cuatro dimensiones del hombre interior

Entra, pues, conmigo a ver la faz de Dios (n. 7) en nuestro corazón y prepárate para verla. El hombre interior es a quien Dios habla; porque hay en nosotros un hombre interior, de quien los oídos, los ojos y demás órganos visibles no son sino morada o instrumento. Es aquí, en este hombre interior, donde ahora habita Cristo por la fe; su divinidad se nos descubrirá en el cielo, si llegásemos a conocer *la anchura, la longitud, la altura y la profundidad*; cuando conozcamos también *la caridad de Cristo, bien superior a toda ciencia, para ser llenos de toda la plenitud de Dios*. Si, pues, este modo de pensar no te desplace, aplícate a concebir qué serán la anchura, la longitud, la altura y la profundidad. No vayas con la fantasía por los espacios del mundo ni por la grandiosidad de esta mole tan vasta, pero abaricable. Busca en ti lo que voy a decirte. La anchura consiste en las buenas obras; la longitud, en la constancia y perseverancia en hacerlas; altura es la expectación de las recompensas celestes: en este sentido se te convida a elevar el corazón a lo alto. Haz bien y persevera en hacerlo con la esperanza puesta en los dones de Dios. No estimes en un ardite las cosas de la tierra; de otro modo, cuando llegue a tocarte alguno de los azotes con que la sabiduría de Dios sacude la tierra, estarás expuesto a decir que serviste a Dios en vano y en vano hiciste el bien y fue baldía tu perseverancia. Hay,

pues, largura en ti cuando practicas; anchura cuando perseveras; pero careces de altura si buscas en ello terrenas recompensas. Y ¿la hondura? Es la gracia de Dios considerada en los decretos de su voluntad. *¿Quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién fue su consejero? Tus juicios son un abismo insondable.*

16. Las cuatro dimensiones de la cruz

Este modo de vivir honesto y perseverar en él a la expectación de los bienes de arriba; este no criticarle a Dios la distribución, nada boba, sino sabia, de su gracia, por si con uno es así y con otro es asá —*no hay injusticia en Dios*—; esta manera, digo, de vivir cotéjala. si te place, con la cruz de tu Señor. En su mano estaba morir o no morir, y no sin motivo escogió esta manera de muerte. Porque, si podía morir o no morir, ¿no podía también del modo este o aquel? Su razón tuvo, por consecuencia, en preferir la muerte de cruz, símbolo de tu crucifixión al mundo. El madero transversal de la cruz, donde se fijan las manos, representa las buenas obras; ésa es su anchura. Su largura es la porción del leño que va del transversal a la tierra. Allí se crucifica el cuerpo, el cual, en cierto modo, queda en pie, actitud significativa de la perseverancia. Su altura es la parte cimera que sobresale del travesaño arriba, y figura la expectación de los bienes celestiales. Y ¿la hondura? ¿No es la parte que se introduce en la tierra? Así está, oculta y cerrada *para* la vista la gracia divina. No se la ve, pero de allí arranca todo lo que se ve. Ahora bien, si logras hacer entrar todo esto, no sólo en la inteligencia, sino también en la conducta, *pues la inteligencia dáseles a los que se conforman a ella*, trabajarás cuanto puedas en conocer esta caridad de Cristo, que supera a toda ciencia, y, cuando la conozcas, serás lleno de toda la plenitud de Dios, porque Dios te llenará; no que tú llenes a Dios. Ahora pues, busca, si es posible, *cualquier faz corporal*... Pero dejémonos ya de vanas fantasías. Niño, tira esos juguetes y ocúpate en cosas serias. También nosotros somos párvulos muchas veces; y cuando lo éramos más que ahora, los mayores supieron soportarnos. *Id en seguimiento de la paz con todos, y de santificación, sin la cual nadie podrá ver a Dios.* También ésta —*la paz— limpia el corazón, porque implica la fe que se actúa por la dilección.* Así, *pues, bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

(San Agustín, Obras Completas, X-2º, Sermones, BAC, Madrid, 1983, Pág. 70-87)